

GABRIEL ENKIRI: *L'Egypte d'hier et d'aujourd'hui*. Editado por la sección de Relaciones Públicas del Ejército Egipcio, 1956.

Gabriel Enkiri es un inmigrante que llegó a Egipto en los primeros años de nuestro siglo. Puede decirse, por tanto, que sentimental y prácticamente se trata de un egipcio, tan ligado y compenetrado con la Nación del Nilo, como si allí hubiese nacido. A través de todos esos años ha tenido la oportunidad de ser testigo presencial de toda la serie de acontecimientos, de revueltas y de reivindicaciones por las que ha pasado Egipto durante más de seis décadas y que han desembocado en la independencia y prosperidad del País, librándole de un rey indigno y de un injusto ocupante extranjero.

Enkiri relata en este libro, lisa y llanamente, sin florituras literarias, concisamente y con respeto a la verdad, los hechos más importantes de la historia de Egipto que tuvieron lugar entre los años 1881 y 1956, es decir: desde los comienzos de la ocupación inglesa hasta la total evacuación de las fuerzas británicas.

Ante el lector pasan las páginas más conocidas de la vida egipcia de los últimos años. Comienza el relato en la época del Jektivato de Ismael, quien tuvo que ser depuesto a causa de sus desaciertos gubernamentales y de su malversación de las arcas del Estado. A Ismael sucedió Tewfiq, quien resultó tan débil e incapaz como su antecesor, llegando a someterse a la ingerencia extranjera sin protestas, reduciendo a su pueblo a la servidumbre.

Esto tuvo como consecuencia el aumento de la inquietud nacional y el descontento creció entre el pueblo egipcio. Desde ese momento todos los movimientos populares tendrán un único fin: la expulsión del inglés y el establecimiento de un régimen de gobierno justo. Esta inquietud será, asimismo, la que guíe a los revolucionarios.

rios egipcios, que desde finales del siglo XIX, vienen laborando por la libertad de su país.

Este es el significado que tiene el movimiento de Ahmad Orabi que fué, finalmente, vencido. Al lado del de Orabi se mencionan en el libro otros nombres conocidos: Kamel Pachá, Mohamed Ferid, Saad Zaghlul, etc.

En el año 1919 tuvo lugar un nuevo y sangriento levantamiento contra los ingleses, que acabó en la aceptación de ciertas condiciones beneficiosas para los egipcios.

Al fin la declaración del 28 de febrero de 1922 reconoció la independencia y soberanía de Egipto, independencia y soberanía ficticias, pues la declaración era un acto unilateral de Inglaterra en la cual numerosos puntos quedaban a la exclusiva discreción de Su Majestad Británica, algo que no podía dejar satisfecho al pueblo egipcio.

En 1923 se dicta la primera Constitución del País. Sin embargo, la lucha continúa para lograr la verdadera independencia. Se firma con Inglaterra un tratado, el del año 1936, que el gobierno Wafdistas denuncia.

En páginas posteriores se explican algunos detalles de la historia de Egipto durante la pasada Guerra Mundial y la de Palestina, hasta llegar a la Revolución de 1952, acontecimientos que por tan próximos, casi están en el recuerdo de todos, aunque Enkiri da sobre ellos detalles curiosos e interesantes que agradarán al lector.

En una segunda parte del libro se incluyen unas notas geográficas y económicas del País.

Ya hemos mencionado anteriormente que el autor no pretende con este libro el menor objetivo literario. Se trata de un relato histórico, cuyo interés radica en lo que se cuenta y no en como se cuenta.

El mejor comentario que puede hacerse de esta obra es remitirse a las palabras que el Mayor Abdel Latif dijo de ella: «de la lectura de este trabajo se impone una conclusión: la de la importancia del papel, que por primera vez después de siglos, juega Egipto en la vida política internacional».

JESÚS ROSALIDO

FRANÇOIS LÉGER: *Les influences occidentales dans les révolutions de l'Orient (Inde, Malaisie, Chine) 1850-1950*. Dos volúmenes de 300 y 257 págs. y tres mapas. Plon, París, 1955.

El título de la obra que nos ocupa dice muy exactamente el tema de la misma. Lo que no dice es la forma en que lo trata, que es excelente. Desde las primeras páginas se impone la evidencia de que M. François Léger, además de conocer la cuestión a fondo, se pasea a través de la selva de los acontecimientos, los hechos, las tendencias, las acciones y las reacciones mutuas con la serena soltura del que posee un pensamiento todo claridad, lucidez y ecuanimidad. Seguirle en ese paseo, en que la inteligencia no pierde jamás contacto con la realidad práctica, en que lo complejo se torna sencillo y lo confuso e incoherente, preciso y lógico, es un ejercicio intelectual que no vacilamos en calificar de apasionante. De mano de M. François Léger, la India, Malasia y China conviértense en realidades próximas, casi familiares, porque el autor nos hace comprender el por qué y el cómo de cuanto allí ha acaecido bajo el aguijón de Occidente, en el transcurso de un siglo.

Por motivos expuestos en el ameno y enjundioso prólogo de su obra, M. François Léger limita su estudio a tres países asiáticos considerados como «casos de laboratorio», en vez de extenderlo a todo el Continente. Ello no supone, sin embargo, un arbitrario desatender el resto de Asia. En efecto, si bien los fenómenos individualizados propios a cada uno de estos países no pueden aplicarse a otros países asiáticos, queda en pie «el grupo de fenómenos que se vuelven a hallar en la historia de China, después de haberlos observado en la historia india». Brindan entre sí semejanzas que «son reveladoras del movimiento general de la historia en la zona y en el período considerado». De ahí que de lo particular —India, Malasia, China—, M. François Léger nos haga llegar a una visión bastante completa del panorama asiático contemporáneo que tanto escapa a nuestra comprensión.

En la India, con cuyo estudio se inicia la obra, M. François Léger distingue tres períodos de influencia británica. El primero correspondiente a la Compañía de las Indias, empresa comercial cuya acción se basó en buenas relaciones con los príncipes indios, sin propósito

alguno reformista. El segundo empieza en 1813, con la revisión del estatuto de la Compañía, y culmina en 1830. Se caracteriza por un ensayo de «diálogo angloindio» que Inglaterra entabló con gran entusiasmo exótico. Termina radicalmente con la rebelión de los cipayos (1857) y su dura represión. A partir de entonces «la confianza ha muerto y no volverá a resucitar». Se acentúa la tendencia al aislamiento de la sociedad inglesa en la India. El inglés se limita a administrar, por ser este uno de los aspectos de la misión que cree cumplir en Asia. Mas no por ello deja la India de recibir una influencia occidental, que al principio se acusa, sobre todo, en el terreno religioso. No se trata de la «conversión» de la India, sino de una especie de cristianización del hinduismo, que más tarde había de remecer al país en lo político y lo social. Por tanto, son sobre todo reformadores religiosos quienes, desde 1858 hasta 1914, despiertan la masa india y suscitan minorías intelectuales, que se incrementan y van tomando lentamente conciencia de la humillación de su país. La guerra de 1914 y la habilidad política de Inglaterra para mantener a la India leal, el movimiento acaudillado por Gandhi —cuya figura y doctrina M. Léger reduce, acaso, con algún exceso— y que aglutinó tendencias dispersas o antagónicas, las sucesivas medidas, de tipo liberal, adoptadas por Inglaterra, su metódica aplicación, haciendo caso omiso de las reacciones indias, la Conferencia de la Mesa Redonda, etc. son tantas etapas de un camino que, con la II Guerra llega a una encrucijada decisiva. Apenas iniciada la posguerra, la India alcanza la libertad... y la división, con la creación del Pakistán. Este desgajamiento del subcontinente, es la resultante de largas y complicadas luchas entre musulmanes e hindúes, y en modo alguno obra maquiavélica de Inglaterra, opina M. Léger. ¡Qué interesante el capítulo consagrado al Pakistán! No lo es menos el relato de la fase de destutelación activada de Inglaterra, que «prefirió abandonar la India desunida a sus furores, antes que permanecer allí unas semanas más, para tratar de unirla forzando su voluntad». Inglaterra se retiró exactamente en la fecha prefijada, devolviendo la India a sí misma, después de una dilatada y difícil tarea de dirección y administración que, a juicio de M. François Léger, arroja un saldo positivo que no es motivo de vergüenza, ni mucho menos, para la antigua nación imperial, a pesar del aparente fracaso de su misión.

También resultó ser un fracaso la empresa de Gandhi, desvirtuada por Nehru.

En «El crisol malayo», M. François Léger hace un breve diseño histórico de la presencia europea en esos territorios, que se inició en 1511 con los portugueses que ocuparon Malaca. En 1641 fueron sustituidos por los holandeses, a su vez desplazados, en 1786, por los ingleses, que trataron a Malasia como una base comercial, manifestando escaso interés por modificar el orden allí establecido. Hasta principios del siglo XX no se despierta el interés por Malasia, pero surge como consecuencia de la explotación de plantaciones de hevea, a las que el desarrollo de la industria del automóvil había de dar singular importancia. Sin embargo, en líneas generales, si bien la influencia europea «fué sentida por las poblaciones de color, no ha revolucionado su mentalidad» por diversos motivos, en particular la carencia de un fondo cultural común y la diversidad de las poblaciones afincadas en ese país. Aunque la II Guerra ha perjudicado sensiblemente el prestigio europeo y suscitado un *maquis* comunista, Inglaterra ha vuelto a tomar seriamente las riendas en esos territorios y, con paciencia y tesón, se esfuerza en convertir a Malasia en un nuevo dominio de color. ¿Con qué posibilidades de éxito? M. Léger no hace profesión de profeta. Se limita a apuntar que, tanto el logro como el fracaso del propósito británico habrán de insertarse en un contexto general asiático.

La última parte, la más extensa y sustancial de «Les influences occidentales dans les révolutions de l'Orient», corresponde a China, que ocupa casi la mitad del primer volumen y la casi totalidad del segundo. Es decir la importancia que M. François Léger concede a este país inmenso. La falta de espacio nos priva de detenernos ante los hitos principales del largo camino que llevó la China imperial a la República democrática actual. Trátase de una evolución, o mejor dicho, de una concatenación lógica de hechos que se inician con la inicua Guerra del Opio, provocada por intereses comerciales británicos. Esta primera humillación, en seguida sentida por un pueblo tan orgulloso como ignorante de las realidades internacionales, suscitó una serie de reacciones en cadena (rebelión de los *taipings*, reformismo de fachada, iniciado en 1864 y que finalizó con la guerra chinojaponesa (1894); a raíz de la misma, desbordamiento de los apetitos occidentales e intento de desmembrar el Imperio chino a través

de los «tratados desiguales»). Para hacer frente a estas ambiciones, China que no se resigna, hace un esfuerzo para renovarse radicalmente y alzarse de su humillación. Empieza entonces la etapa (1901-1910) en que el poder imperial se aplica en modernizar las instituciones y las costumbres, dictando medidas poco coherentes e inaplicables. La falsa posición del régimen tradicional, que por mandchú no ha neutralizado jamás los recelos chinos, y que ha resultado, además, hipotecado por la rebelión de los *boxers*, acarrea su caída. Es sustituido por la República dominada por Sun Yat-Sen. La anarquía y la confusión de todo orden de aquella República no mejoran la situación de China, a la que Occidente habrá de prestar distraída atención en la Conferencia de Versalles, pese a la adhesión que dió a los aliados durante la primera Guerra. Sobre la China de la primera posguerra, difícil de entender, no sólo por la complejidad de los hechos, sino por las intenciones de los dirigentes políticos, M. Léger proyecta un haz de luz que muestra lo esencial del problema y deja en una oportuna penumbra hechos y cosas que sólo de modo indirecto o atenuado actuaron sobre la historia contemporánea de China. Este procedimiento permite al autor darnos una idea concreta de la constitución y actividad del Kuo-min Tang, del que prácticamente fué siempre jefe Chiang Kai-chek, así como del nacimiento oscuro, hacia 1920, de un núcleo comunista, pronto capitaneado por Mao Tse Tung, que supo adaptar el dogmatismo marxista a la realidad china, ello sin «desviarse».

La colaboración sino-occidental en la China de Chiang Kai-chek, la activación del proceso de desbarajuste chino durante la II Guerra, las causas fundamentales de la extensión del comunismo, merced a la reacción antijaponesa popular, el repliegue de los nacionalistas y, finalmente, la toma del poder por Mao Tse Tung, se desarrollan ante nosotros como tantas fases de un problema matemático, creado en gran parte por la ambición y las torpezas de Occidente, tropezando con el orgullo y sentido de la dignidad de China. Ni por el camino de las reformas, ni por el del liberalismo o la democracia de tipo occidental, logró China aflojar la interesada presión de Occidente, que ciertamente no fué todo Occidente. Es sólo un sector occidental de fácil identificación el que tiene una no despreciable parte de responsabilidad en las soluciones desesperadas de China, no puede por menos que concluir el lector de esta obra. Hemos dicho «soluciones desespera-

das». También pueden calificarse de desesperantes, pues, a juicio de M. François Léger, el proceso marxista en marcha es difícilmente reversible, al extremo de señalar que sólo el perseguido catolicismo chino es el «grano de arena sobre el que aún puede cruzar el engranaje marxista».

Ello no pretende decir que M. Léger se muestre particularmente optimista respecto al futuro del Cristianismo en Asia, al menos desde un punto de vista humano, en todos los numerosos casos en que aborda la cuestión. Esto nos lleva a destacar el respeto teñido de discreta emoción con que M. François Léger recuerda la obras asiática hispanoportuguesa, dominada por preocupaciones religiosas, sentando que «también ellos han estampado en tierras de Oriente una gran firma que el tiempo no borrará».

Se nos antoja que es esta la conclusión a que llega «Les influences occidentales dans les révolutions de l'Orient», obra en que se pesa en la balanza de la Historia, con ponderación y lucidez, la acción de un Occidente que, pese a sus errores y a sus fallos, ha hecho en particular que «la India y China, expresiones geográficas y áreas de civilización, se conviertan en naciones».

Sólo tenemos que lamentar que por no estar vertida al castellano esta obra excelente no puedan tener toda la amplia difusión que se merece.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

G. SAVONNET: *La ville de Thiès. Etude de Géographie Urbaine*. 180 páginas, 18 fotografías, 17 croquis y planos; Monografía núm. 6 de «Etudes Sénégalaises», Institut Français d'Afrique Noire; Saint Louis, 1955.

En su introducción (págs. 7-11) G. Savonnet señala la dificultad de seguir la evolución histórico-demográfica de la ciudad a través de la documentación conservada en los archivos municipales, Cámara de Comercio y otros centros oficiales. Esta penuria informativa le determinó a fundamentar su obra en observaciones directas recogidas mediante el interrogatorio de comerciantes instalados en Thiès desde principios del siglo. Tales referencias orales, controladas de-

bidamente, permitieron interpolar y seguir las diferentes etapas evolutivas experimentadas por la villa. Debemos elogiar la extremada meticulosidad del autor en la práctica de las sucesivas encuestas que ha verificado. En cada una de ellas ha utilizado cuestionarios apropiados en los que se reducen al mínimo los datos, buscando, en todo momento, que sean significativos. Así, en la encuesta sobre composición de los grupos étnicos realizó un sagaz muestreo, en cada uno de los sectores, de un tercio de la *población muestral*, versando las rúbricas sobre el origen, género de trabajo, nivel de instrucción, casta y comprensión del francés. El examen del género de vida del obrero le ha merecido la mayor atención, así como la organización y funcionamiento interno de los distintos centros laborales.

Las conclusiones obtenidas de estas investigaciones se exponen con detalle en la obra. Después de trazar una síntesis de la situación de la ciudad, su historia, y las características de sus barrios verifica un estudio de la vivienda en los cuatro tipos que admite (rural, «urbanizada», europea y antigua y moderna). Describe sucintamente cada una de estas clases de habitación señalando los porcentajes que suponen en el conjunto urbano. Los croquis y fotografías completan las ideas expresadas en el texto. Un capítulo posterior se consagra a indicar los aspectos culminantes en la evolución demográfica y étnica de la ciudad que, contando en el período de 1910-1926, con 3.000 almas, ascendió a 39.000 en 1953. La población autóctona no ha quedado desarraigada de la tierra, como lo demuestra la fuerte proporción de agricultores, comprobada en determinados barrios. El equilibrio en la evolución, de Thiès, procede de la lentitud en el desarrollo del sistema económico y social. Esta lentitud ha permitido a numerosas familias indígenas «acoplar su adaptación a la vida semiurbana, conservando sus modos de vida, sus costumbres y su habitat tradicional o, más frecuentemente, se han adaptado a las condiciones de la nueva vida. El desarraigo de los recién llegados, no es tan brutal como los que se instalan en los campos mineros del Congo belga, por ejemplo. Una especie de lenta aclimatación, mediante un ambiente que recuerda algo al de la aldea, amortigua el choque psicológico y le incita a estabilizarse en la ciudad» (pág. 78). De tal forma, Thiès ofrece un fondo de población autóctona estabilizada.

Dedica especial atención a las características del comercio en Thiès, en razón de su principal importancia, junto a su categoría mi-

litar e industrial. A través de cuarenta páginas hace un jugoso resumen de los distintos factores que intervienen en la vida comercial: vías de comunicación, artesanía, firmas establecidas, cifras de mercancías exportadas y características de los tipos de comerciantes que operan (europeo, siriolibanes, marroquí, mauritano y autóctono).

El estudio del género de vida y relaciones entre los diversos grupos sociales, constituye el tema de un capítulo de denso contenido. «Entre 1920 y 1940 se produjo un notable cambio que provocó la ruptura de los antiguos límites de las clases sociales preexistentes. Los siriolibaneses se desgajan de los rangos inferiores y forman una sociedad aparte. Los mauritanos, muy numerosos, adoptan un género de vida paralelo al de los pequeños artesanos o tenderos autóctonos, pero integran una agrupación particular. Durante este último período postbélico vienen a agregarse dos nuevos conjuntos humanos: el metropolitano obreroartesano o contable y el marroquí tendero» (pág. 133). Más adelante dice: «¿Cuáles son las relaciones que pueden existir entre metropolitanos y autóctonos? El porcentaje de blancos en los talleres es muy débil: uno por cuarenta originarios. Por el contrario, es más fuerte en las oficinas. Su formación, su reciente llegada a Africa, no les permite comprender claramente los problemas que se plantean cotidianamente. Razonan en europeo que trabaja en las condiciones de la metrópoli» (pág. 162). Nos hemos detenido en estos dos pasajes por considerar que son significativos en relación con el vital problema del contacto racial en Africa. En primer lugar se ha destacado el aporte a los territorios subsaharianos de una nutrida masa laboral europea. El hecho de que en la industria de Thiès este porcentaje sea pequeño, no desvirtúa la circunstancia de que en otras urbes africanas alcance un índice más elevado. Es decir, que nos encontramos ante la realidad de una masa trabajadora extraña al país —que además no conoce su lengua, ni sus costumbres— que concurre a cubrir ciertos empleos en condiciones retributivas superiores a las del autóctono. Esto da origen, lógicamente, a un recelo y a un antagonismo latente o efectivo. Es inútil que argumentemos la superioridad técnica de estos europeos, puesto que, tal vez, no en Thiès, pero sí en otras urbes, la realidad es que muchos de ellos disfrutaban un puesto de bracero más o menos distinguido (listero, vigilante, guarda de obras, etc.). Además, tampoco hace olvidar las frecuentes reclamaciones de Sindicatos y partidos políticos para

extender las enseñanzas técnicas para el nativo. Indudablemente, la inmigración en Africa de masas laborales europeas, ha provocado un creciente malestar. Tan sólo debieron autorizarse la presencia de jefes de industria o técnicos de altísima categoría. Y otro tanto en el sector comercial, no menos espinoso. Cometido el gran error de la colonización, la intensiva urbanización e industrialización y subsiguiente proletarización del autóctono, debía haberse amortiguado el efecto, mediante una adecuada selección de la emigración, de tal forma que no se exasperasen ciertos naturales recelos. Esta tesis que venimos sosteniendo desde hace varios años, halla su confirmación en documentos como el que enjuiciamos. «Una diferencia de salarios, basada únicamente en una diferencia de raza, es injusta», declaraba el 20 de junio de 1956 el Episcopado del Congo belga y éste, desdichadamente, es un hecho cierto en numerosos territorios del Africa subsahariana. El recto camino que alejará muchos males que al Occidente e aguardan allí, hubiera sido una «endosmosis de sociedades», pero el prurito de superioridad lo ha hecho impracticable. La obra de Savonnet, por su esmero y objetividad, merece los mayores plácemes.

JULIO COLA ALBERICH

NOTICIA DE LIBROS

